

De lo inútil

JULIO ESPINOSA GUERRA

Candaya. Barcelona, 2018

86 páginas. 11 €

Julio Espinosa Guerra (Santiago de Chile, 1974) vive en España desde 2001. Ha publicado dos novelas y varios libros de versos. Fue el responsable de la edición de la antología *La poesía del siglo XX en Chile* (Visor, 2005). En 2011 recibió el premio Pablo Neruda, galardón reservado a las obras de los poetas menores de cuarenta años.

De lo inútil empieza con un prólogo en verso del escritor cubano Dolan Mor. Dividido en tres secciones, el poemario es definido por el prologuista como una “casa transparente”. Se abre con citas de Mark Strand, Charles Simic y Omar Lara. En el primer apartado, “Elogio a la piedra”, se describe un mundo de espejos rotos, fragmentos, oquedad, ceniza. Julio Espinosa Guerra prescinde de adornos literarios y nombra la llaga, el cemento, la tierra de la niñez. Nos previene del riesgo de que el

hombre pueda convertirse en una “ciudad deshabitada / de lenguajes”.

La segunda parte del libro, “Cosas que hay que decir”, reúne los poemas más intensos del conjunto. Para transmitir su perplejidad, Espinosa Guerra se refiere a objetos, animales y actos de la vida cotidiana. Los gestos, la rajadura, el

pasto seco o las cadenas se transforman en símbolos de una realidad intrincada. El escritor usa expresiones sencillas, con una estética a menudo minimalista. Las líneas finales de sus textos son enigmáticas. Comunica con sutileza su rebeldía social. Caminante solitario, se fija en un pordiosero. El mendigo sujeta una muñeca de plástico y la observa con ternura que quizá desconozcan los hijos de los acaudalados. Nos sobrecoge una breve composición dedicada a las víctimas del Holocausto y a sus familiares. Las palabras arden frente a la muerte.

En la tercera sección, “Trasluz”, se repite la atmósfera turbadora. Julio Espinosa Guerra confirma sus incertidumbres al invocar una ciudad extranjera (Gotinga) o al recorrer una habitación oscura. Una gota de agua es la imagen de su inestabilidad; el aroma del café es “el mismo aroma / del fruto del exilio”. El poeta identifica, sin ningún patetismo, una nueva arruga. Escucha la música “con su espiral de chillido y tedio / vaciando la sábana limpia y confortable / del vacío”. Como nos advierte Dolan Mor en su prólogo, la relectura de este libro nos descubre otros asombros. **FRANCISCO JAVIER IRAZOKI**



ARCHIVO



LUIS NIÑO

Las órdenes

PILAR ADÓN

La Bella Varsovia. Madrid, 2018. 68 pp. 10 €

La maestría literaria de Pilar Adón (Madrid, 1971) ha quedado probada con la calidad de sus cinco poemarios, sus dos novelas y sus tres libros de cuentos. Sus relatos y poemas han sido incluidos en buen número de antologías. Paralelamente, Adón codirige la editorial Impedimenta. Ha traducido obras de Christina Rossetti, Henry James, Edith Wharton o Joan Lindsay.

De los treinta y cinco textos de *Las órdenes*, sólo seis llevan título. El conjunto se divide en tres apartados. La primera sección describe una serie de complejas relaciones humanas. Se inicia con una composición poderosa. Después la poeta evoca a la madre, a la abuela ciega y atada. Una niña que huye de los juegos y de los insectos lo observa todo a su alrededor. Tiene un verso alojado en la mente. Las raíces, el cántaro roto, las larvas y el humus forman una atmósfera. Sin refugios, la escritora certifica: “Que el entendimiento y el alma se hieren con la experiencia / y que el sentido es cero. El propósito, cero. / La utilidad. Cero”. Su respuesta consiste en la desobediencia frente a las órdenes que guían

los destinos de las mujeres. Adón sacude los mitos femeninos: la maternidad, un fardo de expectativas, las sumisiones. Nos dice que el rencor se arrastra en los genes. El coraje y la sinceridad se mezclan en un poema de únicamente ocho palabras: “Eso espiritual que ves en mí es miedo”.

Pilar Adón combate sistemáticamente la simplificación de la realidad. Su escritura nítida y refinada no se agota en la superficie de los hechos y paisajes. Ahonda. Sus páginas contra la resignación o la culpa desvelan nuestras contradicciones. En la segunda parte del libro, la figura del padre protagoniza varios momentos. Valiente, crepuscular, el hombre se apaga en su estoicismo. La hija lo retrata con ironía suave y ternura. Los cuatro textos de la tercera sección del poemario son un cierre coherente de la obra. La poeta busca la compañía de escritoras que admira (Alice Oswald, Jane Kenyon, Katherine Mansfield, Ingeborg Bachmann), imagina la posibilidad de duplicarse en otras vidas, persigue reflejos. Sus búsquedas terminan con dos versos que ponen en duda las certidumbres: “En una tierra sobre la que gime la hierba / que decimos conocer”.

Las órdenes incluye también la colaboración de una ilustradora con talento: Francisca Págeo, que firma el *collage* de la cubierta. Autora lúcida, Adón continúa rechazando convenciones. **F. J. IRAZOKI**